

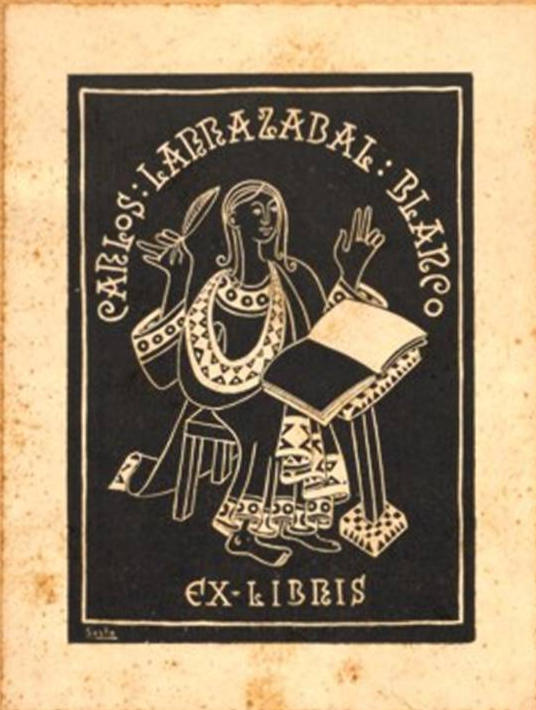
394.26
L832c

BNPHU
PD-RV
394.2697293
L832d

32481-10

Jan 2015/MFC

LH140
PD-2V
394.269.2293
L 832d



CONFERENCIA

POR RADIO

PRONUNCIADA POR EL

Lcdo. Arturo Logroño

EL

"DIA DE LAS MADRES"

26 de Mayo de 1928.

Santo Domingo, R. D.

Imprenta de J. R. Vda. García Sue

Dig

CONFERENCIA

POR RADIO

PRONUNCIADA POR EL

Lcdo. Arturo Logroño

EL

"DIA DE LAS MADRES"

26 de Mayo de 1928.

Santo Domingo, R. D.

Imprenta de J. A. Vda. García Suc.





32481

BWPHJ
PD-UV

394.2697293
L832d

Damas y caballeros que bondadosamente me escucháis:

Si la oratoria es un modo de expresión del pensamiento destinado a electrizar las almas y a poner en tensión los más íntimos cordajes de la sensibilidad, hay que convenir en que una conferencia dictada frente al micrófono no és, ciertamente, una garantía de éxito.

La presencia del orador, la percepción a corta distancia de su voz, el cuadro fisonómico del conferenciante, el movimiento de las manos, el gesto, que es el alma del discurso como es la fragancia el alma de la flor, son factores de triunfo que no es posible descontar.

Yo de mí, aún siendo el más modesto de cuantos dominicanos dan suelta al pensamiento en alas de la palabra, no habría osado esta conferencia a no tratarse de un perfumado requerimiento ineludible, héchome por distinguidas damas ante cuya bondad rindo mis homenajes en sumisa capitulación de escrúpulos, y de la celebración de fiesta tan simbólica y patética como es la Fiesta de las Madres.

La apología del amor de los amores, de la más dulce y tierna afección, del sentimiento que nace como grito del instinto antes aún que la razón y que se combrueba hasta en los animales de organización mas inferior, en el erizo y en la hormiga y en la estrella de mar: la apología del amor y del culto de los hijos a la mujer

016275



que los concibió en el sagrario de sus entrañas y los dió a luz entre las torturas y los espasmos de frenéticos dolores, holgaría porque formando parte, por decirlo así, de la propia contextura de la psicología humana, no se concibe la inexistencia del amor filial sino como un extraño y doliente caso de aberración morbosa, inspirador, más que de menosprecio de piedad, que es también una suprema expresión de la ternura.

El amor del hijo a la madre, que es el sentimiento paralelo y completivo del amor de la madre al hijo, abisma al comentarista en interesantes observaciones.

Los seres de existencia infinitésima cuya fé de vida, insospechada hasta las conquistas de la ciencia moderna, es tan solo perceptible en los cristales del microscopio; los que ambulan en madrigueras y escondrijos y entre los intersticios de las viejas piedras, en las casas vetustas pobladas por vestiglos huraños; los que reptan sobre las rocas y bajo las hojas secas y se duermen en el refugio de las altas hierbas; los que triscan alegres y jocundos, resignados o filosóficos en la santa fraternidad de los rebaños o en la altiva independencia de las praderas, en la monotonía de la pampa, en la planicie empenachada de las sabanas, en la inmensa desolación del páramo o de los desiertos; los que rugen en sus cubiles en la noche de las selvas y saludan el sol con rudo himno de garras y de zarpas; los que pueblan, ciegos y veloces, fantásticos seres de aquelarre, las soledades submarinas en las que no penetra la bendición de la luz. . . . animales todos, de variada organización, simple protoplasma o garra mortal, trompa o pezuña, escama o cerda, sienten y viven el amor a la madre, grito del instinto tan poderoso en sus células como el propio instinto de la reproducción de la especie. . .

¿Cómo, pues, no ha de sentirlo intensamente, con todo el dinamismo de su ternura, el sér humano, soberano sin Ley de la Creación, suprema invención de Dios?

Irresistible sentimiento que todo lo arrolla, caudal de ternuras en el corazón del hombre como es caudal de encajes la espuma en la ola, balbuceo incoherente, disparate delicioso en la boca del niño que no sabe del bien ni del mal, ni de la vida ni del dolor, alarido de impotencia en la desesperación de las horas trágicas, despedida patética, cuántas veces! de esa cruel batalla sin sangre pero con lágrimas que es la existencia, la palabra **madre** es leimotiv de la vida que el hombre aprende, sin maestro, en la cuna y repite en su lecho de muerte...

Y ese amor, ese culto a la madre, a la mujer que nos dió vida de su sangre y de sus huesos y nos dió leche de sus senos fecundos, sagrados no como colinas de Eros sino como Tabores de renunciamiento y de bondad, ese amor instintivo, sin riberas y sin el divino interés de las compensaciones, sin el acicate de la reciprocidad, más puro que el propio velo de los desposorios, más cándido que el vellón de los corderos pascuales, más inmaculado que el armiño de las dalmáticas pontificales, más impoluto que el blanco lino con que hilan las vírgenes del cielo, más suave que el plumón de los cisnes, ese amor del hijo a la madre, que es un soplo del aliento de Dios en nuestra miserable arcilla mortal, es el sentimiento único que, al través de todos los tiempos, experimentan de la misma manera todos los seres humanos del planeta no importa la raza, cultura o religión....

El europeo, que es el señor de las civilizaciones; el chino, taciturno y enigmático, que vé desfilas con amarilla impavidez sesenta civilizaciones sepultadas bajo el polvo de la Gran Muralla y asiste a la ruina del Imperio, derribado como una frágil torre de kaolín; el japonés, que ha hecho de sus islas y de sus paisajes de abanico el formidable teatro de la Esperanza Amarilla desde el Gran Cambio cuando los daimíos y los samuráis de casta caballeresca abandonaron la sagrada Kio-

to y abrieron sus puertos al aluvión de ciencia mercenaria que "la civilización" les impusiera en Yokohama y Nagasaki; el hindú, de flotante vestidura, que venera el Ganges, adora a Sivah en el silencio de las pagodas milenarias y arrolla su lazo de estrangulador al cuello apoplético de Juan de Inglaterra; el thibetano, que se prosterna ante sus lamas en la hosca quietud de sus monasterios misteriosos, nidos de águilas sobre la nieve de remotas montañas; el tártaro, de ojos oblicuos, aceitunados, que mata las águilas con su honda y fulmina al ciervo con el rayo de su saeta; el árabe, de turbante multicolor, que se postra ante Alah cuando desde lo alto del minarete caen, como piedras de oración, los versículos del Corán y luego, pirata del desierto, pilla un kraal o desvalija una caravana; el negro del Congo o de Guinea o del Senegal, que en el fondo de sus bosques y al són de macabros atambores se entrega a las delicias de una danza frenética, lasciva y serpentina; el indio americano, que hace tanto años ha sepultado el hacha de la guerra y fuma ahora la pipa de la Paz bajo el patrocinio de los hombres de rostros pálidos; el yankee, flemático y calculador que inunda la tierra con su oro y hace pensar en Roma resurrecta sin César ni el Coliseo, sin Marco Tulio Cicerón ni las noches de la Suburra pero sí, con Jaime Monroe y Madison Square Garden, sí con Lindbergh, sagitario del océano y con Will Rogers, sagitario del chiste frívolo; el indo-español que reza a Jesucristo y fusila a un enemigo político, y bajo el humo de las revoluciones es capaz de la virtud o del pecado; hasta el propio esquimal que se aventura al través de las desolaciones hiperbóreas sobre las cuales ayer el genio de Italia y las manos violadoras de Umberto Nobile dejaron caer la simbólica Cruz del cristianismo... todos, hombres, no importa la raza, no importa el color, no importa el Dios ante cuyo divino esplendor se inclinan, aman y reverencian la madre, culto común, rito del alma que es la fuente de todas las solidaridades humanas...

Y ese amor, ese culto, es religión instintiva de los hombres desde los tiempos más remotos, antes aún de que se convirtiera en un mandamiento del código mosaico cuando entre truenos y relámpagos el Señor entregó a Moisés las tablas de la Ley en la ríspida cumbre del Sinaí; amor filial el de Darío a Sisigambis cuando la prefiere muerta a prisionera de Alejandro; amor filial el de Epaminondas a Bilytis, más grande para él por ser su madre que Leuctres y Mantinea; amor filial el de Coriolano hirviendo en cólera frente a Roma y renunciando, a ruegos de Veturia y al precio de su vida, a la conquista de la orgullosa ciudad de las Siete Colinas; amor a la madre, infinito y fecundo, el de Rafael Sanzio a Perugina de Rinaldi creando con su pincel esa maravilla del renacimiento que se llama la "Transfiguración"; amor filial que está más allá del Pecado y la Razón de Estado el de Carlos IX ofrendando a Catalina de Médicis las vidas de diez mil hugonotes en la noche de San Bartolomé bajo el resplandor del incendio, al somatén de cien campanarios y el trueno de los arcabuces; amor filial más respetable que su genio el del Capitán del siglo, el del Amo del mundo, tímido como un colegial frente a María Laticia Ramolino...

Es verdad, compensativamente, que tan grande, tan intenso si no lo es más, tan puro como el amor del hijo a la madre, es el amor infinito, mar sin orillas, de la madre al hijo. Todo piedad, todo santo egoísmo, el amor maternal es orgullo en Cornelia, la madre de los Graco, rugido de leona en Ayxa frente a la cobardía de Boabdil entregando Granada a Fernando e Isabel, Granada con la maravilla de la Alhambra y las torres del Generalife; airado patriotismo en las madres de Esparta cuando demandan a sus hijos volver de las batallas con el escudo o sobre el escudo; rocío de infinita ternura en María de Nazareth sollozando junto a la cruz en la colina del Calvario; videncia en Eugenia de Montijo, señalando el propio sitio donde ella vió caer, con

los ojos del alma, al príncipe imperial en tierras africanas; abnegación patética en el verso famoso cuando el hijo que lleva en ofrenda a la amante culpable el corazón sangrante de la madre, que sus manos sacrílegas han arrancado del pecho, dá un traspiés y cae, y el corazón, quedamente y con ternura apasionada, dice al matricida: ¿te has hecho daño, hijo mío?

Por ello, mi palabra precaria que no sabe el camino de las grandes emociones, se limita a exaltar la feliz ocurrencia de festejar también en la República Dominicana el Día de las Madres, y lo hace con sincero entusiasmo, de rodillas a las plantas de las madres de esta tierra, tan buenas, tan puras, tan sufridas, que durante muchos años han visto crucificado el hijo de las entrañas en el leño infamante de la guerra civil, vientres bendecidos que fecundó el heroísmo y abonó el dolor.

Recordemos en este acto simbólico y lleno de ternura, con lágrimas en los ojos, a las madres muertas que duermen para siempre a la sombra de los sauces o bajo la paz de los pinos en el cementerio guardián y pongamos en sus sepulcros ritmos de nuestros corazones inundados de amor filial. . .

Y a vosotras, madres vivas que me escucháis, llegue con mis palabras postreras, el mensaje del corazón que os envían vuestros hijos en prenda de infinito amor, de ese divino amor del hijo a la madre, amor instintivo, amor que no tiene riberas, amor que no pretende compensaciones, amor que no tiene el acicate de la reciprocidad, amor más puro que el propio velo de los desposorios, amor más cándido que el vellón de los corderos pascuales, amor más inmaculado que el armiño de las dalmáticas pontificales, amor más impoluto que el blanco lino que hilan las vírgenes del cielo, amor más suave que el plumón de los cisnes, amor del hijo a la madre que eres, en nuestra miserable arcilla mortal, un soplo milagroso del aliento de Dios! . . .

REPUBLICA DOMINICANA
SERVICIO NACIONAL DE INSTRUCCION PUBLICA

De su
Oficina.
Luisa Rodríguez

Ms. 95021

